

Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Vigencia de "Nuestra América"
- Autor: Portuondo, José Antonio
- Forma sugerida de citar: Portuondo, J. A. (1992).
Vigencia de "Nuestra América".
Cuadernos Americanos, 3(33),
20-30.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año VI, Núm. 33, (mayo-junio de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

VIGENCIA DE “NUESTRA AMÉRICA”

Por José Antonio PORTUONDO
INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA,
LA HABANA, CUBA

“MÉRIDA ES TIERRA de ojos negros y jazmines blancos: echa al mar playas de palmas como para recibir mejor a sus hermanos... ¡Cuán generosa tierra la que nos muestra al llegar árboles patrios!”¹ Así lo a Marti a la tierra merideña en 1879, al exaltar la memoria de Alfredo Torroella, en ocasi3n de la muerte del poeta cubano que entr3 a M3xico por M3rida y en ella hall3 calor de hogar y est3mulo para su fervor de patriota americano. Ya exist3a, en aquellos d3as, una incipiente conciencia de nuestra Am3rica, que fue forj3ndose al comp3s de las luchas por las independencias nacionales. El Grito de Dolores, en 1810, incluye un ‘¡Viva Am3rica!’; y el 12 de noviembre de 1814, Bol3var declara: ‘Para nosotros la patria es la Am3rica’.²

Mucho m3s expl3cito es el Libertador en su ‘Carta de Jamaica’, en la que afirma:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola naci3n con un solo v3nculo que ligue sus partes entre s3 y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religi3n, deber3an, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederarse los distintos estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la Am3rica. ¡Qu3 bello ser3a que el Istmo de Panam3 fue para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojal3 que alg3n d3a tengamos la fortuna de instalar all3 un augusto congreso de los representantes de las rep3blicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.³

¹ Jos3 Mart3, ‘Alfredo Torroella’, *Obras completas*, t. 5, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 86.

² ‘Proclama a la Divisi3n de Urdaneta’ (12 de noviembre de 1814), Sim3n Bol3var, *Obras completas*, vol. II, La Habana, Editorial Lex, 1947, p. 1072.

³ *Op. cit.*, vol. I, pp. 172-173.

Y en su discurso pronunciado ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, en el que se decidió la unión de Venezuela con Nueva Granada bajo el nombre de Colombia, Bolívar ofrece su visión de nuestra América:

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de la Europa; pues que hasta España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es posible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis, esta desemejanza trae un recato de la mayor trascendencia.⁴

En el penúltimo párrafo de su discurso Bolívar nos da su profecía de nuestra América con estas palabras:

La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los Colombianos,⁵ de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio de la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad empuñando

⁴ *Op. cit.*, vol. II, p. 1140.

⁵ En el sentido de ‘‘Hispanoamericanos’’.

el cetro de la justicia; coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.⁶

El entusiasmo profético del Libertador no impide, sin embargo, su visión realista de la situación americana, y cuando en 1828 el Encargado de Negocios de Su Majestad Británica, Coronel Patricio Campbell, residente en los Estados Unidos, le propone que nombre a un príncipe europeo como su sucesor en el gobierno de Colombia, Bolívar le demuestra lo absurdo de su proposición y, entre otras razones, le dice: "¿Cuánto no se opondrían todos los nuevos estados americanos, y los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad?"⁷

El conocimiento de la existencia de dos Américas, una sajona y otra hispánica o latina, era bastante común entre los pensadores liberales de las antiguas colonias españolas: Miranda, Bolívar, como acabamos de ver, Arosemena, Hostos, Lastarria, Sarmiento (éste como admirador de Norteamérica), Bilbao. Francisco Bilbao (1823-1865) fue un chileno apasionado propugnador de la unidad latinoamericana y un combatiente internacionalista por la libertad, que peleó en las barricadas parisinas durante las jornadas revolucionarias de 1848 y que se entregó con fervor, durante su largo exilio en Francia, a la tarea de "unificar el alma de la América". Hay, sobre todo, unas palabras de Bilbao, "leídas el día 22 de junio de 1856, en París, en presencia de treinta y tantos ciudadanos pertenecientes a casi todas las repúblicas del Sur", para lanzar una "iniciativa de la América", la "idea de un Congreso Federal de las repúblicas", que concluye en tono aforístico:

La América debe al mundo una palabra. Esta palabra pronunciada, será la espada de fuego del genio del porvenir que hará retroceder al individualismo yankee en Panamá: esa palabra serán los brazos de la América abiertos a la tierra y la revelación de una era nueva. El palenque está abierto, la hora ha sonado. A todos el deber.

Estas palabras introductorias las escribió Bilbao en París, el 24 de junio de 1865, poco antes de morir. Bilbao opone, a la decadencia europea, el crecimiento impetuoso de América, especialmente

⁶ *Loc. cit.*, p. 1154.

⁷ *Op. cit.*, t. II, p. 737.

de los Estados Unidos del Norte que amenazan la independencia de los Estados desunidos del Sur:

Permitid que insista. Tenemos que desarrollar la independencia, que conservar las fronteras naturales y morales de nuestra patria, tenemos que perpetuar nuestra raza americana y latina; que desarrollar la república, desvanecer las pequeñeces nacionales para elevar la gran nación americana, la Confederación del Sur. Tenemos que preparar el campo con nuestras instituciones y librar a las generaciones futuras. Debemos preparar esa revelación de la libertad que debe producir la nación más homogénea, más nueva, más pura, extendida en las pampas, llanos y sabanas, regadas por el Amazonas, el Plata y sombreadas por los Andes. Y nada de esto se puede conseguir sin la unión, sin la unidad, sin la asociación.

Y todo esto, fronteras, razas, repúblicas y nueva creación moral, todo peligra, si dormimos. Los Estados desunidos de la América del Sur empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados Unidos. Ya empezamos a sentir los pasos del coloso que sin temer a nadie, cada año, con su diplomacia, con esa siembra de aventureros que dispersa; con su influencia y su poder crecientes que magnetiza a sus vecinos; con las complicaciones que hace nacer en nuestros pueblos; con tratados precursores, con mediaciones y protectorados; con su industria, su marina, sus empresas; acechando nuestras faltas y fatigas; aprovechándose de la división de las repúblicas; cada año más impetuoso y más audaz, ese coloso juvenil que cree en su imperio, como Roma también creyó en el suyo, infatuado ya con la serie de sus felicidades, avanza como marca creciente que suspende sus aguas para descargarse en catarata sobre el sur.

Contrasta luego Bilbao la colonización de Norteamérica con la de Sudamérica y afirma: "Conocemos las glorias y aun la superioridad del norte, pero también nosotros tenemos algo que colocar en la balanza de la justicia".

Y, después de esbozar, en aguda síntesis brillante, la colonización española y la lucha por la independencia, añade:

En seguida hemos tenido que organizarlo todo. Hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo en las entrañas de la educación teocrática. Hemos tenido que luchar contra el sable infecundo, que infatuado con sus triunfos, creyó encontrar los títulos de legislador en su tajante acero. Hemos tenido que despertar a las masas a riesgo de ser sofocados con la fatalidad de su peso, para iniciarlas en la vida nueva dándoles la soberanía del sufragio. Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las Repúblicas del Sur, nosotros los pobres, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho; hemos incorporado o incorporaremos a las razas primitivas, formando en el Perú la casi totalidad de

la nación, porque las creemos nuestra sangre y nuestra carne, y vosotros las extermináis jesuíticamente. Vive en nuestras regiones algo de esa antigua humanidad y hospitalidad divinas; en nuestros hechos hay espacio para el amor del género humano. No hemos perdido la tradición de la espiritualidad del destino del hombre. Creemos y amamos todo lo que une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder, el arte al comercio, la poesía a la industria, la filosofía a los textos, el espíritu puro al cálculo, el deber al interés. Somos de aquellos que creemos ver en el arte, en el entusiasmo por lo bello, independientemente de sus resultados, y en la filosofía, los resplandores del bien soberano. No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentra en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano.⁶

Las palabras vehementes y admonitorias de Bilbao, pronunciadas en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XIX, en París, cayeron en saco roto. En la América del Sur predominaba la admiración de Sarmiento por el desarrollo impetuoso de los Estados Unidos y su tesis de civilización contra barbarie. Martí, quien desde 1880 —con un breve intervalo de pocos meses en Venezuela— vive en los Estados Unidos, previene a los hispanoamericanos cuando el gobierno norteamericano convoca a la creación de la Unión Panamericana, reuniendo en Washington a los delegados de las repúblicas del Sur. Martí advierte:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve; ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero, en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime

⁶ Francisco Bilbao, 'Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas', en *Cuadernos de Cultura Latinoamericana* (México, UNAM), núm. 3 (1978).

y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

Y Martí se pregunta angustiado si los pueblos latinoamericanos se someterán mansamente a los planes ambiciosos del imperia-
lismo:

¿Se entrarán, de rodillas, ante el amo nuevo, las islas del golfo? ¿Consentirá Centroamérica en partirse en dos, con la cuchillada del canal en el corazón, o en unirse por el sur, como enemiga de México, apoyada por el extranjero que pesa sobre México en el norte, sobre un pueblo de los mismos intereses de Centroamérica, del mismo destino, de la misma raza? ¿Empeñará, venderá Colombia su soberanía? ¿Le limpiarán el istmo de obstáculos a Juggernaut, los pueblos libres, que moran en él, y se subirán en su carro, como se subieron los mexicanos de Texas? ¿Por la esperanza de apoyo contra el extranjero de Europa, que por un espejismo de progreso, excusable sólo en mente aldeana, favorecerá Venezuela el predominio del extranjero más temible, por más interesado y cercano, que anuncia que se ha de clavar, y se clava a sus ojos, por toda la casa de América? ¿O debe llegar la admiración por los Estados Unidos hasta prestar la mano al novillo apurado, como la campesina de "La Terre"?⁹

No es posible sustraerse a la tensión creciente de este soberbio párrafo interrogativo que remata en una imagen brutal de entrega servil, de servicio celestino, que Martí, siempre pudoroso en su expresión, prefiere dar, indirectamente, aludiendo a una página célebre, y en su tiempo escandalosa, de una novela de Zola.

Ni Bolívar ni Bilbao habían podido despertar la aletargada conciencia latinoamericana. Martí, con sus crónicas publicadas en los más difundidos e influyentes periódicos latinoamericanos, había ido describiendo las entrañas del monstruo y oponiendo, en cada ocasión propicia, el modo de ser peculiar de nuestros pueblos, al de los Estados Unidos. El Congreso Panamericano le dio la máxima

⁹ Martí, *Obras completas*, ed. cit., vol. 6, pp. 46-47.

oportunidad y, el 19 de diciembre de 1889, reunió a los delegados de los países latinoamericanos en una velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, presidida por él, y les dirigió un discurso que corre publicado con el título de "Madre América", tomado de su final en el que expresa la fidelidad filial de los emigrantes a la gran patria común:

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos destumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se le estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. . Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: ¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!¹⁰

Ya hemos visto cómo se acendra y enriquece la visión americanista de Martí a lo largo de una vida consagrada a luchar por "la segunda independencia" de nuestra América. Y es, precisamente en el ensayo así titulado, donde se resume mejor el pensamiento martiano al respecto. "Nuestra América" comienza alertando a los latinoamericanos contra toda forma estrecha de provincianismo, que mantiene divididos y adversarios a nuestros pueblos, para ventaja del vecino imperialista:

Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelar juntos... Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades. ¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

¹⁰ *Ibid.*, p. 140.

A los setemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No le alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre... ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ibribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel?

¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¿Estos 'increíbles' del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

‘Nuestra América’ plantea la superación del neocolonialismo cultural que se produjo cuando la burguesía logró imponerse al feudalismo anárquico de los caudillos que siguió a la independencia y se empeñó en ‘yanquizar’ o ‘europeizar’ a las nuevas repúblicas, favoreciendo la inmigración de hombres y de capitales. Sarmiento encarna, en el cono Sur, la tesis de ‘civilización contra barbarie’, la inmigración blanca, de Europa o Norteamérica, preferiblemente la norteamericana, y la extinción del indio y del mestizo. Los ‘científicos’ mexicanos, soporte ideológico de la dictadura de Porfirio Díaz, justificaban, con razonamientos copiados de Francia o Norteamérica, la política favorable a la penetración imperialista, acusando, como Sarmiento en el Sur, de incapaces de progreso a las masas indias y mestizas. Martí hace en su ensayo una crítica sagaz de tan falaces doctrinas:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero.

Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Y, encarándose directamente con la tesis de Sarmiento, prosigue Martí:

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza...

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno.

¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América...? La Universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

Resume luego Martí, en un párrafo, las guerras de independencia y, en dos oraciones, expone por qué no se alcanzó una completa liberación: "El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu. Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores".

Martí no aceptó la lucha de clases, aunque, más de una vez, al narrar las batallas de los trabajadores norteamericanos o al elogiar el esfuerzo de los tabaqueros cubanos de la Florida, mostró plena conciencia de las diferencias clasistas y de qué parte estaba la justicia. En "Nuestra América" exclama:

¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos.

Y el ensayo concluye, después de condenar tajantemente el racismo,

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre.. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas..

con un llamamiento a la “unión tácita y urgente del alma continental”:

¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!¹¹

“Nuestra América” condensa y supera el clamor de unidad de Bolívar y de Bilbao y, al mismo tiempo, expresa, de modo definitivo, la toma de conciencia latinoamericana que se produce en un momento histórico crucial, el del Imperialismo Guerrero que habría de culminar en la Guerra hispano-cubana-americana (1899), que levanta el clamor de los poetas antillanos Bonifacio Byrne, Enrique Hernández Miyares, cubanos, y el puertorriqueño José de Diego. El más alto e ilustre clamor antiimperialista se produjo ante la separación de Panamá y la “política del garrote” (*Big Stick Policy*) del presidente Teodoro Roosevelt, y fue la *Oda a Roosevelt* de Rubén Darío la que, no obstante, arriaría sus banderas en 1906, al proponer Elihu Root, en la Tercera Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, su política conciliadora, en los inicios de la “Diplomacia del Dólar”, que inspiró al gran poeta modernista su *Salutación al Águila*. En 1900, al nacer el siglo veinte, el uruguayo José Enrique

¹¹ *Ibid.*, pp. 15-23.

Rodó había publicado su ensayo *Ariel*, que por muchos años constituyó el emblema de la América Latina frente a la barbarie imperialista de los Estados Unidos, no obstante la falacia de sus símbolos, tomados de *La Tempestad* de Shakespeare, como ha demostrado certeramente Roberto Fernández Retamar.¹²

No es casual que Leopoldo Zea, una de las mentes más lúcidas de nuestro continente, haya dedicado las páginas finales, conclusivas, de su importante *Filosofía de la historia americana*, al análisis de 'Nuestra América', de José Martí, mostrando su absoluta vigencia. De esta manera resalta la actualidad del ensayo martiano, exponente indiscutible de la conciencia latinoamericana,¹³ reafirmada de modo patente en la Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno que tuvo lugar, el año pasado, en Guadalajara y que este año, en el mes de julio, tendrá su segunda reunión en Madrid. La conciencia de Nuestra América resalta así, en un mundo amenazado por el imperialismo norteamericano, como actitud decidida de nuestros pueblos, empeñados en el cumplimiento del aforismo de Benito Juárez: 'El respeto al derecho ajeno es la paz'.

¹² Roberto Fernández Retamar, 'Calibán', en *Para el perfil definitivo del hombre*, La Habana, Letras Cubanas, 1981, pp. 219-289.

¹³ Leopoldo Zea, *Filosofía de la historia americana*, México, FCE, 1978, pp. 278-294.